

NOTAS EDITORIALES

FORJEMOS NUESTRO PROPIO DESTINO

Sin presumir de originales ni videntes, creemos necesario e importante exponer nuestro criterio en relación con ciertos intereses nacionales que reclaman, de quienes somos colombianos, una consideración respetuosa y atenta y un empeño sereno y altruista que proponga una probable solución a fin de remediar tantas urgencias de índole varia que hoy sentimos.

No es de extrañar por esto que, en la oportunidad de esta Columna Editorial, nuestro pensamiento se manifieste en torno a realidades vigentes y frente a perspectivas futuras que vislumbra la vida nacional, por cuanto creemos que está bien decir ahora algunos conceptos que definan, clara y suscintamente, nuestro modo de ver el esquema social presente a título de ensayar una posible agenda de realizaciones para colaborar, en algo, a liquidar esas amargas realidades que soporta actualmente nuestra nación.

Lógico, por lo expuesto, resultará que en este ligerísimo intento de análisis hagamos referencia a cada uno de los principales aspectos que dan fisonomía peculiar a nuestro tiempo e insiden ineludiblemente en el desarrollo de nuestra condición nacionalista, permitiendo que surja una razón compendiadora de un contenido de aspiraciones colectivas.

Considerada en su valor exacto la condición así expuesta, nada mejor, pues, que iniciarnos con la

apreciación de los distintos credos que pugnan hoy por encauzar la ideología humana para así decir, cuando sea menester, cuál ha de ser el camino más aconsejable que habremos de transitar para confirmar plenamente nuestro destino.

Sin equívocos ni posiciones intermedias, consideramos que es bien conocido por todos el esquema que los temas del pensamiento han tenido en el presente siglo y que es, fácil determinar exactas muestras de su influencia formativa y consiguiente manifestación de su presencia en la educación actual, para sólo hablar de los movimientos que han tenido actuación en la época que nos toca vivir. Decir aquí, con relación a este aspecto, que la filosofía de los últimos tiempos es, fundamentalmente, reaccionaria contra el positivismo de Comte y el Idealismo de Hegel es reconocer, tácitamente, el fracaso que tuvo en épocas pretéritas, el concepto agnóstico del espíritu y la réplica subsiguiente que buscó en la idea la noción absoluta para determinar dialécticamente aquella realidad primitiva. Así se comprenderá, porque el hombre de ésta última época se ha manifestado en contra de esas dos afirmaciones o porque busca aceptarlas exigiendo, ante todo, su evolución y acondicionamiento a los motivos que orientan actualmente las urgencias humanas.

Ahora bien: si en el campo del pensamiento ha sido este el panorama, podemos agregar que a esta experiencia se sumó para el hombre otra de carácter social que lo obligó a exaltar su aspiración individualista impulsado por la gestión de las dos últimas grandes guerras (1914 y 1939) que, al dejarlo en completo desamparo a causa de la inversión de los valores sociales agudizada por el prospecto estatal de los regímenes totalitarios que entonces prosperaron, le dieron ocasión para otra vez concebir y buscar la realización de aquellos órdenes o valores cristianos que se manifiestan por una condición de respeto a la persona humana y por una conciente afirmación de los Principios Trascendentes. Esto nos

dice claramente porqué se exige hoy, en forma impostergable, la práctica de toda consideración de carácter moral y el retorno de la mente hacia los campos de la metafísica como vías, las más indicadas por cierto, para hallar nuevamente el sentido espiritual del ser.

Tales consideraciones creemos sean suficientes para admitir la influencia que han tenido y seguirán teniendo estos principios en el proceso educativo, cuyo fundamento racional busca siempre la afirmación ontológica.

Si, como es bien sabido, en sólo algo más de medio siglo que llevamos de éste que vivimos, han aparecido y prosperado tantas y tan variadas orientaciones ideológicas, ello nos da la causa por la cual la educación se debate actualmente en medio de notorios problemas de método y organización, con los cuales no hemos sido ajenos los colombianos que hoy vamos tanteando una extraña interpretación de principios, sin que nos haya sido aún posible orientar nuestra conciencia por una auténtica regulación que nos diga cuál es la norma adecuada que debemos seguir.

Podemos, sin temor a errar, decir aquí que nuestro destino no ha sido todavía indagado suficientemente y que en la indiferencia por nuestros propios intereses e ideales radica, en gran parte, el problema de la desorientación que vivimos. Sin principios inmanentes y sin fundamentos sustanciales es natural que jamás podamos tener proyecciones concretas y adecuadas. Se nos ocurre, por ello, que una primera urgencia que tenemos es buscar nuestra propia realidad para, así conociéndonos, hallar el orden natural de realizaciones que permita a cada generación la ocasión de cumplir con la tarea que le quepa, en razón directa al desenvolvimiento que vayan imponiendo las épocas, a fin de precisar exactamente un programa de acciones real, fundamentado y posible, por tanto, de tener plena vigencia o positiva realización práctica.

Si sobre educación tienen relación directa los temas hasta ahora expuestos, podemos dilucidar algunas otras consideraciones que nos digan algo de nuestro itinerario colectivo y nos señalen alguna ruta que oriente nuestros empeños inmediatos, con miras de lograr un futuro que determine nuestro destino histórico aceptando, desde luego, que el porvenir del hombre, igual que el de los pueblos, está condicionado a muchas exigencias y que su éxito o fracaso respectivo se deriva siempre del hecho según el cual se comprenda o desconozca el método que, en cada instante, ajuste su conducta a las distintas situaciones que necesariamente han de surgir.

Concebida así la noción de la actividad humana podremos, sin riesgo a equivocarnos, anticipar que nuestro destino estará orientado por el conocimiento que se derive de nuestras realidades y por el empeño que pongamos a fin de anticiparnos, con fórmula de solución, a los posibles tropiezos que la vida nos traiga. Esta precisamente es la razón que invocamos para decir, una vez más, que el porvenir de Colombia está en manos de quienes se empeñen en corregir fallas presentes y busquen proyectar arquitectura sólida para nuevos esfuerzos, con miras a cumplir los objetivos que las circunstancias señalen en cada ocasión.

En repetidas ocasiones, y por este mismo órgano de difusión, hemos afirmado que la vida actual reclama consideraciones muy particulares en el campo de las relaciones humanas y que el sentido que hoy prima en la actividad social impone, como nunca antes, un sentido agudo y perspicaz de las aspiraciones individuales o de grupo para no reñir con las exigencias que la época va determinando. Bueno resultará por ello, en tal orden de ideas, referirnos a aquellas de nuestras urgencias más inmediatas para esbozar, siquiera sea sutilmente, un posible derrotero de realizaciones sobre nuestro destino, habida consideración de su innegable trascendencia histórica.

Hacer, bajo esta inspiración, precisa referencia a la condición soberana que nos distingue como pueblo, será base para comprender cabalmente el significado de nuestras conquistas y también para deducir aquello que aún resta cumplir para confirmar exactamente nuestra aspiración nacional. Vale bien, en este orden, decir sin timidez, que nuestra estructura como nación independiente nos lleva a señalar, con evidencia, el hecho paradójico de que en Colombia gozamos de una libertad y justicia social de pasmosos contrastes en cada uno de los órdenes de nuestra vida colectiva. Aquí, realmente puede decirse, hemos vivido bajo el signo de los encastamientos en cada una de las actividades y nuestro país ha sido, por el pecado de la poca fe en sus propios valores, víctima de un retardo general que demora nuestro avance y nos distancia del porvenir que era de esperarse hubiésemos logrado conquistar, desde hace muchos años.

Se podría decir, sin riesgo a exagerar, que ese ha sido el signo que nos ha distinguido desde hace siglo y medio: Equivocarnos, sin aceptar orientaciones propias.... Buscar fórmulas de extraño origen para aquello que es propio de nuestra condición particular.... Soñar más que razonar.... Sujetar la conveniencia de los más a los caprichos de unos pocos.... Aislar por completo a quienes tienen rectas intenciones de servicio. El resultado, por imposición natural, se ha visto y sigue viéndose cuando aún nuestro pueblo espera una redención total que le muestre su destino y le señale el derecho de vivir con la dignidad propia debida a la persona humana y cuando todavía se precisa, para muchos, la esperanza de ganar un puesto decoroso dentro de la sociedad de que es parte.

Nuestro perfil sociológico acusa realmente para gran cantidad de compatriotas un curva de tremendas desventajas humanas en el orden de un equitativo equilibrio social y ésta, precisamente ésta, ha sido la razón para que muchas tesis de oscuro deter-

minismo político y extraño origen, calen cada vez más en la conciencia de tantos que aún soportan el enigma de las estratificaciones que no pueden comprender ni menos aceptar, porque han tenido que afrontar una existencia marginizada e insular que conlleva en unión de sus seres más inmediatos y queridos con los cuales, a su turno y por el paso natural de los años, se va volviendo a reavivar idéntico programa en un verdadero círculo vicioso de tragedia social.

Sin mentir, se puede asegurar que si bien es cierto que como nación ganamos, hace ya muchos lustros, autonomía para regirnos, cierto es también que no hemos podido todavía afianzar nuestra grandeza nacional, por lo que aún vivimos abrumados por el peso de un presente dudoso gestado por la desorientación y auspiciado por la quiebra y abandono de los caminos del derecho y del deber tan olvidados por muchos, tan indiferentes para tantos más y tan cruelmente burlados por quienes han hecho de la responsabilidad una guía de propia conveniencia y no una norma inflexible y sagrada del vivir.

Problemas de hondo significado e inquietante repercusión los aquí expuestos, nos muestran fríamente que en gran parte vivimos alejados de un principio moral que está cavando nuestra conciencia, con mengua de nuestro propio porvenir que hoy se presenta incierto por el abandono que hemos hecho de una conciencia u orientación nacionalista, estructurada por una acertada y sincera sujeción a la doctrina que pregona y garantiza el acondicionamiento espiritual exigible para afianzar una aspiración proyectable hacia el futuro.

No pecamos al afirmar que nuestra condición nacionalista lejos está de su verdadero objetivo por el abandono, cada vez más notorio por desgracia, de nuestros símbolos y por la influencia con que se mira todo aquello que por tener consistencia estrictamente espiritual y contenido histórico es el punto

delicado sobre el cual la desintegración moral de un pueblo tiene su nacimiento.

Urge por esto que todo colombiano de buena voluntad, dentro de la esfera propia de su acción, inicie una cruzada para revitalizar en la conciencia de quienes le están cercanos la fe por los valores sustanciales que dan a la vida una condición decorosa, haciéndola digna de vivirse. Dentro de tal consigna será a quienes mantienen contacto con agrupaciones humanas, cualesquiera ellas sean, los más llamados a cumplir con celo y devoción, con afecto y constancia, éste itinerario renovador de nuestro espíritu colombiano, como gestores de un nuevo sentido que se ajuste a la más recta norma de contenido ético.

Si éste principio es exigencia para el hombre colombiano en general, mayor será tal exigencia para las instituciones fundamentales de la patria, entre las cuales tiene indudables compromisos la Iglesia como inspiradora de una cristiana condición moral; la Escuela como gestora de un sentido cívico consustancial y firme, y el cuartel, vale mejor decir los organismos armados de la república, como depositarios que son de las glorias nacionales y sustentadores permanentes de la legitimidad y del orden, a fin de proyectar a todos los ámbitos de nuestro país tan apremiantes urgencias.

Campo propicio para múltiple esfuerzo, da realmente nuestra situación actual y éste se presenta igualmente posible para su ejecución y alcance a los distintos sectores de la actividad nacional, en forma tal que no se puede suponer que en esta tarea de reacondicionamiento nacionalista pueda permanecer al margen un solo hombre o una sola entidad. Es así, por lo que a este aspecto hace relación, que alientan realmente el espíritu aquellas cruzadas de amplio alcance, como la últimamente adelantada bajo los auspicios de la Sociedad Colombiana de Ingenieros en el llamado Congreso de Productividad, dentro del cual, y por espacio de varios días, personeros de todos los sectores estuvieron presentes,

alentados por un sincero anhelo de hallar más claras posiciones en favor de los destinos de Colombia y en el cual el señor Ministro de Guerra se hizo partícipe llevando puntos de vista de indudable interés y contenido social. Congreso éste de positiva proyección, sirvió para trazar un prospecto de posibles reformas en los campos universitarios, industriales, militares, laborales... etc., y para gestar un empeño de verdadero acercamiento que bien urgente y conveniente es, por cierto, para ganar esta batalla en favor de la patria.

Sólo bajo este ideario, que ha de mirarse como signo redentor, podremos realizar el ideal social en que actualmente se hallan empeñados muchos dirigentes. Solo así, podremos ver confirmadas aquellas justas aspiraciones de un pueblo, que quiere ver realizado el sueño de una libertad con idénticas posibilidades; vale decir con justicia enérgica e indiscriminada... con reparto equitativo del trabajo... con posibilidades de redención económica para todos... con educación para los hijos... con protección, respeto y garantías para la familia... con muestras exactas, en fin, de una cristiana doctrina social en la que impere la concepción del derecho y del deber... de la responsabilidad y del decoro... de la disciplina y la moral... de la autenticidad y el altruismo... del orden y la conciente aceptación de las orientaciones necesarias para la conveniencia común.

Orientados con ésta aspiración, permita Dios dispensarnos el juicio y entereza necesarios para volver a los antiguos derroteros del amor patrio que tan delicadas y valiosas repercusiones nos da al comprender el honor de sentirnos colombianos y bajo su égida divina tengamos todos serenidad y altura espiritual para lograr, a través de una acción sincera y no interrumpida, la conquista cabal de nuestro sino histórico.

Mayor JOSE JAIME RODRIGUEZ R.
Oficial de Infantería.